

La muerte y el silencio

La muerte duele,
y más si no sabes cómo enfrentarla.

Toca tu puerta sin avisar,
y, cuando menos lo esperas,
se lleva a un ser querido
como quien arranca una raíz
sin importar la tierra.

No te da tiempo
ni de abrazar a quien tanto amaste,
ni de decir adiós.

Un adiós que podría haber hecho una diferencia
en el dolor que sentiste,
un adiós que nunca llega.

Duele, y tanto que duele. Duele como un golpe en el corazón,
pero duele más todavía el recordarlo:

Recordar cómo, de un día para otro,
se llevó a mi padre,
a quien yo tanto quería y admiraba.

¿Por qué él?
¿Por qué no yo?
Cambiaría mi vida entera
por un minuto más a su lado.

Y el dolor volvió
cuando a mi abuelo también se llevó.

Tan cruel es la muerte
que ni siquiera avisa:
tan solo con un suspiro
te arrebató tu felicidad, tu amor... tu todo.

Lo que antes era una casa llena de risas,
alegría y diversión,
se convirtió en una soledad oscura,
donde la luz no se atreve a hablar.
Solo se fue apagando

y oscureciendo hasta desaparecer,
escondiéndose en aquel oscuro dolor
hasta ser olvidada.

Muerte, ¿por qué tan cruel?
¿Qué tanto daño te hicieron
que tienes que hacerlo a los demás?

Y esta vez respondió con una voz tan fría
que heló mi alma:

“No soy cruel,
ni elijo a quién llevarme.
No arranco almas por placer,
ni disfruto del dolor.
Solo soy el final inevitable
de todo lo que hay en esta vida.”

Y entonces comprendí,
comprendí que no era odio lo que sentía,
sino un amor,
un amor tan grande
que no sabía vivir sin su presencia.

Marwa Fares.